

BLOQUE IV: VARIA

Una percepción de la idea de Europa en España durante el periodo de entreguerras 1918-1939

Emilio DE DIEGO

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

Europa se convertiría en el referente inexcusable de la España del primer tercio del siglo XX. El «noventayochismo» proyectó el debate acerca de la modernización de nuestro país sobre un espejo europeo roto, poco después, por la barbarie de 1914-1919.

Tras la contienda, la contribución de algunos intelectuales españoles, en especial Ortega y Gasset, a la construcción de Europa como espacio integrador y superador de viejos contentiosos, fue más importante de lo que habitualmente estimamos, según se expone en estas páginas.

ABSTRACT

Europe came to be Spain's essential reference during the first third of the XXth century. The discussion about the country's modernization was projected on the European mirror, broken, soon after, by 1914-1919's conflict.

After the war, several Spanish intellectuals, specially Ortega y Gasset, discovered Europe as a space for integration and peaceful unity. The following pages show that their contribution to the construction of this European dream was much more important than we have usually recognized.

SUMARIO España y sus referencias a Europa en vísperas de la Primera Guerra Mundial: Europeísmo y regeneracionismo, dos caras de la misma moneda. La Europa de Entreguerras. Una idea de Europa basada en la defensa del logos histórico frente al irracionalismo de fines del Ochocientos y aún hoy turbador. El europeísmo en declive.

PALABRAS CLAVE

Europa.
Integración.
Intelectuales españoles.

KEY WORDS

Europe.
Integration.
Spanish intellectuals

Tal vez deberíamos comenzar estas páginas interrogándonos por los motivos de una reflexión como la que aquí proponemos. Cabría preguntarse, por tanto, ¿qué interés puede suscitar la percepción de la idea de Europa en una nación como España y en un periodo, fundamentalmente referido, aunque no de manera exclusiva, a la etapa que transcurre entre 1919 y 1939? Pues bien, creemos que este tema ofrece dos posibles atractivos: uno, acercarnos a la sensibilidad ante el europeísmo de un país que, en determinados momentos, sobre todo cuando empezaban a colocarse los cimientos institucionales de la actual Europa, parecía vivir de espaldas a esta realidad. Y, sin embargo, más allá de aislacionismos impuestos por circunstancias propias y ajenas, ese horizonte europeo había sido, como veremos, referente prioritario de un buen número de intelectuales y políticos españoles, desde mucho tiempo atrás, aunque esta circunstancia resulta un tanto olvidada.

El segundo factor que podría justificar nuestro propósito viene inducido por la actualidad en la que nos encontramos. Con la vista puesta en un episodio más de la ampliación de la Unión Europea, de enorme trascendencia, sin duda, cara al futuro, y que, por eso mismo, ha de suponer una importante prueba, tanto para los actuales miembros de la Unión como para los aspirantes a incorporarse a ella.

Un desafío distinto pero exigente, una encrucijada que, salvando todas las distancias, puede contemplarse desde la evocación de otra coyuntura excepcionalmente dura, la de 1919. Nos hallamos ahora, seguramente, ante el tercero de los grandes hitos de la construcción de Europa: el primero habría sido el de su fundamentación teórica; es decir, la época de entreguerras; el siguiente, el del nacimiento institucional, la década de 1950; y, el último, por ahora, esta ampliación que une el Oriente con el Occidente europeo.

Finalmente, creo que la situación económica añade un elemento más de complicación que, a pesar de todo, no debería impedirnos avanzar en esa posibilidad política, tan real como difícil, que llamamos Europa. Un reto en el cual nuestro país, una España que se empeña en dejar atrás alguno de sus lastres, como el pesimismo, desempeña un protagonismo innegable.

Veamos, desde estas premisas, en primer lugar, los antecedentes inmediatos al marco cronológico de este artículo:

España y sus referencias a Europa en vísperas de la Primera Guerra Mundial: Europeísmo y regeneracionismo, dos caras de la misma moneda

En los umbrales del Novecientos, la sombra del «Desastre» de 1898, una crisis de dimensiones espirituales muy superiores a su verdadero alcance material, se proyectaba

sobre una España dual: en parte, apegada a formas y sistemas tradicionales un tanto arcaicos; y, en parte, moderna, que, abierta a su tiempo, pugnaba por sacudirse el letargo y el retraso. Una España rural y campesina, al lado de otra urbana e industrial, que, difícilmente, podían compartir modelos de vida común.

Aquel país con índices de analfabetismo superiores al 60 por 100 y una esperanza media de vida próxima a los 35 años, (cifras muy semejantes para estos apartados a las de las colectividades más desfavorecidas en el mundo de hoy), componía una realidad dolorosa para no pocos intelectuales y algunos sectores de esa misma sociedad. Por encima de aquel panorama planeaba, además, la derrota estrepitosa ante los Estados Unidos y el repliegue a unas fronteras nunca tan reducidas desde el siglo XV. La desconfianza, el culpabilismo y las prédicas regeneracionistas fueron la respuesta a aquellas circunstancias desasossegantes.

Tales sentimientos reforzaron el patriotismo, pero en modelos muy diferentes: cerrado y a la defensiva uno, el que desconfiaba de todo lo llegado de fuera; abierto y decidido el otro, el que renegaba de los falsos iconos propios. Pero ambos coincidían en un mismo objetivo: había que regenerar España. Y había que hacerlo desde un pesimismo extendido por todas las capas de la población e incluso alimentado, por aquellos mismos intelectuales, con actitudes excesivamente apasionadas.

Ante aquella especie de «náusea» se produjo un ejercicio introspectivo que trajo, como resultado, el rechazo del modelo que había conducido a la situación en la que se encontraba España y, a la vez, una búsqueda en la identificación de los presuntos factores culpables del fracaso. Entre éstos, para casi todos, estaba la particular relación que habríamos mantenido con el entorno europeo en un plazo no siempre bien acotado. Pero, mientras algunos veían la causa de nuestras cuitas en la influencia «negativa» de unos valores: positivismo, materialismo, liberalismo, laicismo, ... llegados del otro lado de nuestras fronteras; para otros, había sucedido justamente lo contrario: el clericalismo, el irracionalismo, la desidia, el fatalismo, ..., en unas u otras formas, constituían la clave de todas las desdichas españolas.

De aquí se derivaría una doble actitud respecto a Europa: por un lado, conforme a la primera de estas posiciones, convenía acentuar nuestro aislamiento o, ante la imposibilidad del mismo, tratar de «exportar» los roles que nos eran propios. Desde el otro ángulo, no había más remedio que abrirse a lo europeo buscando amoldarnos a sus pautas modernizadoras. Así pues, aunque podríamos remontarnos a épocas más alejadas en el tiempo, lo cierto es que la idea de Europa, o mejor dicho las referencias a Europa, a manera de realidad insoslayable para corregir la trayectoria histórica española, se multiplicaron ya en los primeros años del *SIGLO XX* e, incluso, en 1910, comenzó a publicarse, en Madrid, con ese objetivo, la revista *Europa*. Si bien, conforme a lo que venimos diciendo tampoco faltaban los españoles, Unamuno entre ellos, que hablaban de Europa en sentido opuesto; es decir, como un ámbito a españolizar. No obstante,

esta actitud de D. Miguel, que Marichal interpreta como un antieuropeísmo sólo aparente, obedecería a un concepto distinto de lo europeo¹.

Por diversos motivos, y desde lugares distintos, se pensaba o se imaginaba Europa, a este y al otro lado de los Pirineos. En el campo de la literatura se exponían, en clave utópica, los estímulos europeístas, a través de fabulaciones ucrónicas, como la obra de Anatole France, *Sur la pierre blanche*, que tuvieron notable eco en nuestro país.

Los defensores de la «europeización», cual antídoto universal contra los males de España, habían tenido en Costa a uno de sus primeros paladines y encontrarían en Ortega y Gasset a su heredero más señalado². Desde el fondo común del deseo regeneracionista, ambos compartieron una desazón visceral por la España que se asomaba al Novecientos. Ellos dos, y otros muchos, «sentían en su patriotismo, a aquella España, como dolor y como desventura». Al catastrofismo, exagerado a veces, en esa percepción rotundamente negativa de lo español, se unía un cierto maniqueísmo al compararlo con lo europeo. Ortega, en 1910, condensaba esta impresión, de forma lapidaria, en una de sus frases más conocidas: «España es el problema y Europa, la solución»³.

Desde el otro extremo, el Unamuno casticista postulaba la superioridad incontestable de lo español y, en las páginas de *ABC*, tildaba de «papanatas» a los europeístas. Aquella crítica unamuniana suscitaba, en su momento, la respuesta airada de Ortega⁴.

En esa dura réplica aprovechaba Ortega la ocasión, por un lado, para hacer alarde de su europeísmo, por enésima vez, «apenas si he escrito —proclamaba— desde que escribo para el público, (y recordemos que llevaba más de siete años haciéndolo en las páginas de los periódicos), una sola cuartilla en la que no aparezca, con agresividad simbólica, la palabra Europa. En esta palabra comienzan y acaban para mí —decía— todos los dolores de España». Al mismo tiempo, insistía en rechazar agriamente las tesis de Miguel de Unamuno.

Una y otra vez volvería Ortega, casi por las mismas fechas, a sus afanes «europeístas» y «europeizadores» para la transmutación regeneradora de España. «Europa, —enfaticaba en su juego un tanto tenebrista y nostálgico—, ... esa palabra sola equivale a la negación prolija de cuanto compone la España actual»⁵ y, además, unos meses después, —señalaba—, «... esa Europa constituye la única posibilidad de España»⁶.

Pronto un amplio grupo de intelectuales, científicos y creadores artísticos darían abundantes muestras de compartir la misma idea de una Europa, basada en la cultura

¹ MARICHAL, J.: *El designio de Unamuno*, Madrid, 2002.

² Ver ORTEGA Y GASSET, J.: «La herencia viva de Costa», *El Imparcial*, 20-II-1911.

³ ORTEGA Y GASSET, J.: Conferencia dictada en la Sociedad, *El Sitio de Bilbao*, 12-III-1910.

⁴ ORTEGA Y GASSET, J.: «Unamuno y Europa, fábula», *El Imparcial*, 27-IX-1909.

⁵ ORTEGA Y GASSET, J.: «Nueva Revista», *El Imparcial*, 27-IV-1910.

⁶ ORTEGA Y GASSET, J.: «España como posibilidad», *Europa*, 27-II-1911.

común y en un sentido ineluctable de la Historia, cuya ciencia, aplicada a nuestro país, habría de producir sobre éste los efectos taumatúrgicos que Ortega anunciaba. En aquella nómina del europeísmo figurarían los nombres de Marañón, Azaña, Pérez de Ayala, Américo Castro, Picasso y un larguísimo etc...; o sea, entre otros, el catálogo, casi completo, de los que integrarían la llamada «generación del 14»⁷.

Era el suyo un proyecto renovador, concebido con la esperanza y la pasión de la juventud; un atrevimiento alegre frente al ceño hirsuto del inmovilismo dominante. Una propuesta radical, pero que se limitaba a tratar de conseguir el despertar hispano, en un ejercicio de patriotismo vivificador, sin más que trasladar a España algunas pautas de comportamiento europeo. Puede que, contra lo que ellos anhelaban, su modo de condenar la situación de España y sus propuestas regeneradoras no hubieran provocado el efecto salufifero que pretendían. No tuvieron demasiadas ocasiones de experimentarlo, por cuanto la misma desconfianza nacionalista y el pesimismo irracional concluirían, en el Viejo Continente, en la gran catástrofe de 1914-1918. Entonces vendría la llamada a la verdadera integración con Europa, más allá del simple influjo modernizador, cuando ésta había dejado de ser una esperanza para convertirse en una meta irrenunciable, en medio de su propio dolor. Asomémonos a ese tiempo.

La Europa de Entreguerras

Concretamente sería entonces en los *prodomos* de la Europa que ahora contemplamos, cuando el europeísmo se movía entre el sentimiento y la razón para entrar en el campo de la necesidad.

En efecto, después de la trágica escenificación del odio y del miedo nacionalistas que significó la Primera Guerra Mundial, se irían perfilando tres estrategias políticas diferentes, planteadas con desigual fuerza, hacia el futuro inmediato de Europa. La primera, inspirada en el afán de revancha, se apoyaría en el frustrado sentimiento del mismo hipernacionalismo, responsable del conflicto apenas concluido, a la búsqueda de invertir los resultados de la contienda; o bien, en la autocomplacencia nacionalista y, después, en el recelo de las potencias vencedoras y de los nuevos estados nacidos del desenlace de la guerra. La segunda, tendría como meta la búsqueda de un modelo de convivencia internacional, a partir de la realidad surgida de la lucha recién acabada. La tercera, apuntaría al único horizonte realmente superador de los factores del enfrentamiento.

⁷ Un grupo al que MARICHAL, J.: en *La generación de los intelectuales y la política (1909-1914)*, Barcelona, 1974, consideraba una de las generaciones más completas de la historia europea del siglo XX.

En puridad ninguna de las tres alternativas era nueva. Una había dibujado el curso de la guerra por todo el siglo XIX, el mismo que, en muchos aspectos, culminaba en 1914-1918 y, prácticamente, auguraba un enésimo y más grave episodio de barbarie en plazo no demasiado largo. J. Monnet resumiría así, en 1943, aquella situación: «en 1918 nosotros habíamos ganado la guerra, —afirmaba—, pero en 1919 habíamos perdido la paz».

Otra, alimentada de retóricas bienintencionadas y ayuna de posibilidades reales, pretendía ser la respuesta que, como escribía entre nosotros Alcalá Zamora, correspondía a la necesidad moral de dar a la Humanidad, aterrada por la última catástrofe, una fórmula que impidiese su pesimismo, empujando a la conciliación, a través de la *Sociedad de Naciones*⁸. Pero, la situación de Europa, a partir de 1919, no era ni mejor ni más estable que la de 1914. Los problemas nacionales, no sólo, no se habían solucionado; sino que, se habían hecho más graves y, más bien pronto que tarde, hasta los más decididos partidarios de la *SDN*, debieron admitir la ineficacia de un proyecto dirigido a mantener una falsa armonía que, en el fondo, pocos deseaban; o no estaban dispuestos a realizar el sacrificio que exigían sus propios discursos para asegurar la paz.

La última de las alternativas enunciadas significaba, como decíamos, la única novedad, aunque las llamadas al «europeísmo» vinieran repitiéndose desde mucho antes, porque, ahora, se invocaba éste en otras claves. Los partidarios de la idea de Europa, como salida a la espiral cainita de los nacionalismos, o al menos la mayoría de ellos, rechazaban, por completo, el «patrioterismo» nacionalista; pero también, el internacionalismo inoperante de la *SDN*⁹.

En España, José Ortega y Gasset, aunque desde un ángulo muy distinto del que había utilizado Einaudi en Italia, en 1918, definía perfectamente esta actitud y expresaba su incompatibilidad con aquella institución a la que calificaba como un «... profundo error histórico», ya que miraba a un pasado muerto y no a un futuro vivo; un gigantesco aparato jurídico creado para un derecho inexistente... y proclamaba, de modo rotundo, «... yo estoy contra la S d N por estar a favor de la unidad de Europa»¹⁰.

Eran aquellos los años a los que se refería Heidegger, evocando a Hölderlin, para afirmar, de manera tan gráfica como terrible, que Europa se hallaba en un periodo de oscuridad, entre los dioses que se habían desvanecido y los que aún no habían llegado; es decir, como entre los dos mundos que señalaba Mathew Arnold: uno muerto y otro

⁸ DIEGO GARCÍA, E. DE: «Alcalá Zamora y su análisis de la *Sociedad de Naciones*», en *IV Jornadas «Niceto Alcalá Zamora y su tiempo»*, Córdoba, 1999, pp. 97-109.

⁹ No faltaban dentro de esta línea a favor del "internacionalismo", tan alejado de Ortega, las ideas de otro notable intelectual español S. de Madariaga: *Ingleses, franceses, españoles* (1928) quien defendía en este ensayo de carácter psichistórico lo nacional y diferenciador, como base de lo internacional, como algo más sólido que la «unidad aparente y superficial de los europeos».

¹⁰ ORTEGA Y GASSET, J.: «Los "nuevos" Estados Unidos», *La Nación*, 22-III-1931.

sin fuerza para nacer. Precisamente, cuando el europeísmo habría de adquirir, según apuntábamos, una nueva dimensión.

Como había ocurrido en España tras su propia catástrofe noventayochista, un buen número de pensadores emitiría, en aquella hora de postguerra europea, su particular y, a veces, no coincidente diagnóstico acerca de los males de Europa; o al menos, de sus causas. Podríamos citar varias decenas de voces, compartiendo el mensaje del pesimismo o de un realismo profundamente intranquilizador: de Spengler (y su *Decadencia de Occidente*) a Huizinga (con la *Crisis de la cultura*), pasando por Benda, Keyserling, Berdiajov, Belloc, Massis, ... pero también por Ortega y Gasset o el Unamuno, desertor de todos los ejércitos, que, a esas alturas, contemplaba ya a Europa desde un ángulo muy distinto al de años atrás. Es el don Miguel de *La agonía del Cristianismo*, en 1924¹¹.

Ortega y Gasset, al igual que tantos otros intelectuales de su tiempo, se dolía entonces de Europa, no ya sólo de España. Apenas acabada la guerra se refería, una y otra vez, a la difícil situación por la que atravesaba el Viejo Continente, las raíces en la cual se hundirían según él, más allá de 1914, aunque la sangrienta contienda, recién terminada, había sido su desencadenante final.

En 1920 comenzaba a publicar, en las páginas de *El Sol*, lo que terminaría siendo *La España invertebrada*, cuya primera edición se haría al año siguiente. El tema de la atonía de aquella Europa obscurcida le resultaba tan tentador que acabó cediendo al desafío de abordarlo, con el afán de ponerle algún remedio¹². A mi juicio, escribía «... el síntoma más elocuente de la hora actual es la ausencia en toda Europa de una ilusión hacia el mañana». Indicaba así, sin duda, no sólo el principal de los males de aquellos momentos, sino uno de los peligros constantes en el proceso de construcción europea.

Se sublevaba contra aquella extenuación de Europa en su facultad de desear; acaso, preguntaba a sus lectores «¿es que los principios mismos de que ha vivido el alma continental están ya exhaustos, como canteras desventradas?». Pero no se detenía en la llamada a la voluntad para recuperar un común afán cultural, pues lo cierto, como decíamos, es que la Primera Guerra Mundial había sido el gozne sobre el que la idea de Europa giró definitivamente de las prioridades culturales y científicas, a las políticas.

No habían faltado referencias anteriores en este sentido; desde las contenidas en el poco conocido libro *Un europeo*, publicado en París en 1902, donde se ofrecía el marco supranacional como vía de escape al contencioso franco-alemán por Alsacia y Lorena; o, la llamada de Kautsky (en *Neue Zeit*), desde 1911, aunque a partir de presupuestos bien distintos, en favor de la creación de los Estados Unidos de Europa como garantía

¹¹ MARICHAL, J.: *El designio de Unamuno*, Madrid, 2002. Habla de *La agonía del cristianismo* como un trasunto de la agonía de España.

¹² Ver ABELLÁN, J.: *Historia crítica del pensamiento español*, Madrid, 1991, Tomo V/III.

de paz; o, las incitaciones de Agnelli y Cabiati, también en demanda de una Europa unida¹³. Pero sería desde los comienzos de la década de 1920, cuando, ante la hegemonía en aumento de los Estados Unidos de América, por un lado, y la sombra inquietante del bolchevismo, por otro, Europa empezaba a ser, no sólo, una oportunidad, sino, algo inevitable para la propia supervivencia de sus nacionalidades; de sus valores culturales, de su capacidad económica, de su independencia política y, en suma, de su propia esencia.

A Ortega y Gasset, como a tantos otros, los mundos capitalizados por Nueva York o Moscú, le provocaban un profundo malestar y protestaba frente ambos, en particular, contra una especie de seguidismo hacia lo norteamericano, que se iba extendiendo en aquellos días.

No pocos proyectos intentaban conformar la alternativa de la Europa unida, aunque fuese a partir de ideologías tan distintas y de metas tan diversas que, difícilmente, podían concretarse en la práctica. Hasta sus fronteras parecían confusas. ¿Se incluiría al Imperio Británico o quedaría al margen? En cualquier caso, Gran Bretaña prefería un modelo que combinase, en lo económico, el libre comercio, y, en lo político, se ajustara a la *Sociedad de Naciones*¹⁴. Mientras, en Alemania, se miraba, prioritariamente, hacia el este, a la búsqueda de la *Mitteleuropa* y, desde Francia, se acabaría proponiendo una Unión Europea, aunque sin mayor éxito, como una especie de sección de la *SDN*¹⁵. A la vista de estos precedentes podríamos indicar no pocas actitudes profundas que, aún con sus variantes, resultan difíciles de superar al correr del tiempo.

En cualquier caso, a aquellas alturas, todavía seguía siendo, sobre todo, la hora de los intelectuales o la de los soñadores, o la de ambos a la vez; pero no, la de las decisiones políticas que se precisaban, pues éstas se hallaban lejos aún. Era la coyuntura de los paneuropeístas con el conde Coudenhove-Kalergi a la cabeza, quien, a pesar del fracaso de sus tentativas de 1920, influido, después, por la conferencia panamericana de Santiago de Chile de 1922, lanzaba, en octubre del año siguiente, su libro *Paneuropa*, apoyado en el mecenazgo de Max Warburg y la favorable acogida de Seipel en aquella Viena que apuntaba a ser algún día la capital federal de Europa¹⁶. En abril de 1924 se publicó *El manifiesto europeo* en la revista *Paneuropa* y, pronto, se formarían grupos paneuropeístas en varios países, entre ellos, España. A pesar de todo, aquel esfuerzo, con escasos apoyos institucionales, tenía que batirse en inferioridad con las fuerzas que, en el otro extremo, radicalizaban, ostensiblemente, las tendencias nacionalistas.

¹³ Ver PAOLINI, E.: *L'idea di Europa*, Firenze, 1979.

¹⁴ STIRK, P.M. R.: *A History of European Interpretation since 1914*, London, 1996.

¹⁵ GERBET, P.: *La construction de l'Europe*, Paris, 1983.

¹⁶ COUDENHOVE-KALERGI, R.: *Paneuropa*, Viena, 1923.

Ortega se quejaba de algunas de estas actitudes expuestas en teorías pedagógicas, como las de Kerchensteiner, a su juicio, más dirigidas a educar ciudadanos nacionales, en el ayer, que no para el mañana¹⁷.

A los movimientos embrionarios del europeísmo de los primeros años veinte siguió una auténtica eclosión de publicaciones, en la segunda mitad de la década, desde los más diversos ángulos. Libros tales como el de E. Fimmen, *Labours alternativa. The United States of Europe limited* –1924–; o el de Woyticesky, *Los Estados Unidos de Europa* –1927–, o el de Riou, *Europe mon patrie* –1928–; o *Les Etats Unis d'Europe*, DEL CONDE SFORZA –1929–; su casi homónimo *Vers les Etats Unis d'Europe*, DE JOUVENEL –1930–; o el de Salter, *The United States of Europe and others papers*; o *Europa* de Herriot ... etc. podrían contarse entre los más destacados; cabría hablar de que Europa era una especie de tema de actualidad, tratado con mayor o menor acierto.

Tampoco faltaría Ortega a su cita con el europeísmo en esos momentos. A partir de 1927 a 1929, en la elaboración de *La rebelión de las masas*, proclamaba la urgente necesidad de constituir unos Estados Unidos de Europa, e incluso, un mercado común europeo. Pero se apresuraba a marcar diferencias, contra cualquier frivolidad u oportunismo, entre su propuesta y algunas de las múltiples formulaciones, al respecto, que iban apareciendo en aquellos días: «No niego que los Estados Unidos de Europa –advertía– son una de las fantasías más módicas que existen –por tanto– no me hago solidario de lo que otros han pensado bajo estos signos verbales». Para él, el europeísmo no era una cuestión de moda, sino la lógica de la historia, la que conducía a una posible, ... –más aun–, a una probable unidad estatal de Europa.

Según sus análisis, acerca de la génesis y el agotamiento de los estados nacionales, se le antojaba que «... una sociedad, una colectividad tan madura como la que ya formaban los pueblos europeos, no podía andar lejos de crear un artefacto estatal mediante el cual formalizase el ejercicio del poder público europeo ya existente».

Ortega compartía, plenamente, la tesis que Carlo Rohan expondría en la *Europäische Revue*, y creía «en una Europa supranacional, cual espíritu de un cuerpo que se ha articulado nacionalmente, en una Europa como culminación de un edificio orgánico». El filósofo español abundaba, (en la mencionada obra sobre *La rebelión de las masas*), en torno a, lo que podríamos llamar, la inevitabilidad de ese proceso. «Ha sido el realismo histórico –argumentaba– quien me ha enseñado a ver que la unidad de Europa como sociedad no es un ideal, sino un hecho de muy vieja cotidianidad...» –e insistía– «... la probabilidad de un Estado general europeo se impone necesariamente». En modo alguno podrá afirmarse que la unidad de Europa es una fantasía; por el contrario, se revela como producto de la razón histórica, a la cual Ortega consideraba más radical que la de las matemáticas, la de

¹⁷ ORTEGA Y GASSET, J.: «Pedagogía y anacronismo», *Rev. Pedagogía*, (enero, 1923).

la física, la de la biología o la de cualquier otra de las ciencias. Hasta tal punto se le antojaba evidente la lógica de la institucionalización de Europa, que la veía como menos utópica de lo que hubiera sido vaticinar, en el siglo XI, la unidad de Francia o España.

Sin embargo, la llamada a la historia, como resorte de futuro y saber imprescindible, le llevaba a denunciar las carencias de los conocimientos de sus contemporáneos, en esta materia, («las gentes más cultas de hoy padecen una ignorancia histórica increíble, —acusaba y, más grave aún, añadía—, ... yo sostengo que hoy muchos de los dirigentes europeos saben menos historia que el hombre del siglo XVIII y aún del XVII»). Me parece escuchar aquí, en cierta manera, las pisadas de Erasmo en su *Antibárbarorum*.

Precisamente, desde la historia, condenaba Ortega al bolchevismo y al fascismo, que se presentaban como movimientos políticos pretendidamente «novedosos», tildándolos de regresión sustancial y de estar dirigidos por hombres sin conciencia histórica. Pero, desde esa misma atalaya, advertía contra la tercera de las lacras del Novecientos, los nacionalismos, convertidos en uno de los principales obstáculos para el futuro del Viejo Continente.

Europa, así concebida, constituía una especie de pulsión creadora, esencial y, por lo mismo, irrenunciable, que «... en su significativo y largo pasado había llegado a un nuevo estadio de vida, donde todo ha crecido; pero, a la vez, las estructuras supervivientes de ese pasado son enanas e impiden la actual expansión. Europa se ha hecho en forma de pequeñas naciones. En cierto modo, —reconocía—, la idea y el sentimiento nacionales han sido su invención característica, pero ahora se ve obligada a superarse a sí misma». Y concluía, —advirtiendo—, proféticamente: «Este es el esquema del drama enorme que va a representarse en los años venideros. ¿Sabrá Europa libertarse de supervivencias (estranguladoras) o quedará prisionera para siempre de ellas?». El peligro se le antojaba claro «... porque ya ha acaecido alguna vez en la historia que una gran civilización ha muerto de no poder sustituir su idea tradicional de Estado».

No hay otro futuro, —se atrevía a anunciar—, que la realización de Europa. Sólo se opone a ello el «prejuicio de las viejas naciones», la idea de nación como pasado. ¿Seguirán acaso, —se preguntaba—, los europeos a la mujer de Loth y se obstinarán en hacer historia con la cabeza vuelta hacia atrás? Los nacionalismos, —concluía—, son callejones sin salida.

Llegados a este punto y, aunque podríamos señalar múltiples referencias más en los escritos orteguianos, respecto al mismo tema, sería, tal vez, oportuno indicar los rasgos sobresalientes del proyecto histórico al que llamaba con tanta fe como reiteración.

Una idea de Europa basada en la defensa del logos histórico frente al irracionalismo de fines del Ochocientos y aún hoy turbador

Para Ortega, la Europa necesaria, como medio de superación de la crisis de entreguerras, no era otra que la gran nación, asentada en la historia común, que serviría, —decía,

una vez más, con claras reminiscencias regeneracionistas, esta vez, silvelescas—, para retomar el pulso perdido. Un espacio supranacional en el que mantener la pluralidad de una realidad, en la cual, lo básico, sería lo europeo y, lo diferencial, lo nacional; lo primero, —estimaba Ortega de manera optimista—, representaba ya dos tercios del todo.

«No es posible, —escribiría años más tarde sobre esta idea—, mirar bien las naciones de Occidente sin tropezar con la unidad que tras ellas aparece, ni es posible observar esta unidad europea concretamente, y no sólo en mera frase, sin descubrir dentro de ella la agitación de su interno plural: las naciones. Esta incesante dinámica entre la unidad y la pluralidad constituye, a mi parecer, —aseguraba—, la verdadera óptica bajo cuya perspectiva hay que definir los destinos de cualquier nación occidental»¹⁸.

Cada nación europea, como también diría Madariaga, sería una forma de interpretar, —lo que llamaba—, la unitaria cultura europea; eso significaba «ser inglés», «ser francés», «ser austriaco» o «ser español». A la búsqueda de la superior calidad de cada una de estas realidades se construye Europa y, en ella, encuentra acomodo la idea de nación como un programa de vida compartido hacia el futuro.

Pero no era sólo Ortega. Veamos un testimonio de primera mano sobre el europeísmo multiforme en la España de los años veinte cuando a comienzos de 1931, Coudenhove-Kalergi viajó a tierras españolas, dentro de su peregrinar en búsqueda de apoyos a la causa paneuropea, en su amplio itinerario por los caminos de nuestro país, se entrevistaría con un buen número de interlocutores afines al movimiento europeísta. El espectro sociológico, al cual pertenecían aquellos españoles, era el mismo que en otros países se había mostrado más receptivo al mensaje integrador: ciertos políticos, los hombres de negocios (algunos, ambas cosas a la vez), los intelectuales, las personalidades relevantes por distintos motivos, ... etc.

La visión que nos ha legado el conde impulsor de *PanEuropa* es la del viajero sorprendido, agradablemente, por lo que iba encontrando a su paso. Comenzó su andadura por Barcelona, donde fue acogido y agasajado por Cambó, cuya mansión, así como algunos cuadros de su colección, pintados por Tiziano y Boticelli, causaron a Coudenhove-Kalergi una profunda y positiva impresión. Recorrió, después, la zona levantina hasta Almería, parándose especialmente en Valencia, Alicante y Cartagena, para seguir, posteriormente, ya en Andalucía, desde Granada, ante la que expresaría gran admiración, hasta Algeciras.

Pero no se detuvo aquí, sino que visitó también varias ciudades del norte de Marruecos; españolas unas, como Ceuta y administradas por el protectorado español; otras, como Tetuán. Allí, cuando se disponía a regresar a la Península, tuvo noticia de la

¹⁸ En «La sociedad europea», prólogo de 1941 a *Las épocas de la historia alemana* que Johannes Haller había publicado, por primera vez, en 1922.

implantación de la II República. Llegado a Cádiz, emprendió el camino hacia Madrid, tocando en Sevilla y Córdoba. Llamó su atención el regocijo con el que pueblos y ciudades habían acogido el nuevo régimen republicano. Más tarde escribiría recordando aquellas escenas «... no sabían la abundante sangre que se derramaría después».

Muchos de los líderes republicanos de aquella hora le recibieron con grandes honores pues, como hemos dicho, eran viejos simpatizantes del proyecto paneuropeo. Entre ellos sobresaldría Fernando de los Ríos, (ministro de Justicia), y quien, años después, colaboraría con Kalergi, estrechamente, en aras del europeísmo, durante el exilio de ambos en Estados Unidos.

Sin embargo, una de sus mayores satisfacciones fue, seguramente, la larga conversación que mantuvo con Ortega y Gasset, a quien reconocía como «famoso filósofo». Kalergi no dudaba en señalar que el pasaje dedicado al problema de Pan Europa, en *La rebelión de las masas*, era uno de los mejor pensados y escritos de cuantos se habían hecho sobre aquel tema.

Finalmente, y por intermedio de Cambó, Kalergi visitó al duque de Alba, en su palacio de Liria, quedando muy satisfecho, tanto por la magnificencia del edificio, como por la personalidad del noble español y su receptividad al tema europeo. Poco duraría, sin embargo, su contento y el de los partidarios de Europa.

El europeísmo en declive

Aunque en los primeros años treinta, especialmente en 1932, en algunos foros, como la Academia de Italia, se sucedían todavía los discursos sobre Europa, desde la idea de la libertad y del derecho, lo cierto es que, ya a finales de los años veinte, la opción de una Europa política había encallado. La propuesta de Briand, con el apoyo de Stresemann, en Ginebra, el 5 de septiembre de 1929, y su posterior *memorandum* de 1 de mayo de 1930 no prosperaron.

El proceso de desintegración y de confrontación política, así como la radicalización de las tensiones económicas y sociales, se adueñaron del panorama del Viejo Continente. Los pactos internacionales se hicieron para la guerra y no para la paz.

Aun en tales circunstancias de desmoralización de Europa, Ortega continuaría en la brecha del europeísmo. Sus análisis de aquellos días, informados por la preocupación ante la inminencia de una contienda desastrosa, se mueven en torno al concepto de desocialización por el que atravesaba la situación europea; o, lo que es lo mismo, el grado de insolidaridad y de disgregación dominante. Con ello el orden internacional se mostraba más inestable a cada paso y, —siempre según Ortega—, no podía esperarse remedio alguno de la *Sociedad de Naciones*, contra la que cargaba, nuevamente, definiéndola como el invento de un club, cuyos miembros fuesen Mr. Pickwick y sus congéneres.

Aquella desocialización había colocado a Europa, —escribía en 1937—, en un estado de guerra sustancialmente más radical que en todo su pasado. Al unirse la lucha de clases al antagonismo nacionalista, a la vieja amenaza de guerra civil entre las naciones se añadía la fractura interna en el seno de cada una de éstas que, en ocasiones, como en el caso de España, había desembocado en una lucha salvaje, general.

Hacia julio de 1938 insistía apesadumbradamente: «Europa está hoy desocializada». La única esperanza, —le parecía—, una mirada distinta a la historia, (siempre la historia como referente del europeísmo orteguiano), que nos contaría las vicisitudes, no de los enfrentamientos, fruto del nacionalismo exacerbado de cada uno de sus estados protagonistas, sino la de aquello que nos une, la del único espacio social y político que se le antojaba posible: Europa. Una historia que, aún hoy, como disciplina académica, a pesar de algunos intentos plausibles, continua siendo la asignatura pendiente, un recurso tantas veces invocado como inutilizado, para seguir la evolución del grado de socialización europea a través del tiempo, en relación con la mayor o menor conflictividad vivida en el Viejo Continente.

Europa se ha hecho, y seguirá haciéndose, desde los intereses comunes, pero también deberá construirse desde la escuela; prestando a este quehacer mayor punto de apoyo, que el concedido hasta ahora. En particular, para el mejor conocimiento del pasado. No olvidemos, —decía Ortega—, que la historia es la única realidad del hombre, que no tiene otra, y Europa es no sólo futuro, sino también pasado. Amargamente se quejaba de que nadie le hacía caso, en particular los ingleses. Pero no por ello cejaría en su empeño aunque la guerra, de 1939 a 1945, se enseñoreara de Europa.

Cuando el 7 de septiembre de 1949, en la Universidad libre de Berlín, dictó su conferencia «De Europa *meditatio quaedam*», (un auténtico suceso, como señaló la prensa de la época), Ortega no hacía más que repetir, poniéndolas a la orden del día, las ideas que había venido exponiendo durante más de cuarenta años. Lo mismo haría en las lecciones que dio en Munich, en 1951, bajo el título *Der Idee der Nation und die deutsche jugend*. No sin razón se consideraba, entonces, uno de los más antiguos y constantes paladines del europeísmo, «... muy probablemente, —proclamaba orgulloso—, soy hoy, entre los vivientes, el decano de la idea de Europa» y, así, se mantendría hasta el fin de sus días.

Para terminar, y de cara, como señalaba al principio de este texto, a los desafíos de la futura ampliación europea, me atrevería a llamar la atención sobre otro de los postulados de Ortega, que bien merecería figurar a manera de recordatorio contra las tentaciones inmovilistas: «los europeos no sabemos vivir sino vamos lanzados en una gran empresa unitiva». Ayer y, seguramente, también mañana. Este es el reto de todos pero, principalmente, de los políticos, de manera que lo que somos, no nos impida llegar a lo que podemos ser.

A mi parecer, muchas de las notas sobre la idea de Europa, que hemos ido viendo, continúan vigentes hoy; cuando, en las puertas del tercer milenio, vivimos momentos

que, por sus características, encajan perfectamente en lo que Ortega y Gasset, dentro de su sentido de la historia, llamaba épocas de crisis. Circunstancias en las que el anterior paradigma dominante, que incluía valores científicos, éticos y estéticos, se agrieta de modo peligroso y, todavía, no se ha asentado otro nuevo. El cambio que se percibe es, principalmente, negativo y se captan, sobre todo, la falsedad y las deficiencias de lo que nos rodea. La amplitud de los contrastes dominantes nos lleva, con facilidad, de un extremo a otro. Todo es posible y, parece que, todo vale, pero, tras ese desconcierto, se esconde la amenaza de la regresión y es urgente recuperar, en parte al menos, el sentido orteguiano de la historia para evitar repetir los errores del pasado.

Nunca ha sido fácil renunciar a alguna parte de los bienes del presente en aras del futuro, ni en el ámbito individual, ni en el social. Se trata de un ejercicio, al cual sólo mueve la expectativa de beneficios compensatorios o, al que fuerza la necesidad ineludible y, en ocasiones, ambas cosas a la vez. Menos fácil, todavía, resulta este tipo de sacrificios cuando el presentismo lo invade todo, cuando perdemos las referencias del pasado, entre la ignorancia y la manipulación. Cuando, aún, siendo tan sencillo contemplar la rentabilidad del esfuerzo compartido, mediante una simple consulta estadística sobre evolución de los niveles y grado de distribución de la renta, o cualquier otro de los parámetros del bienestar material y muchos de índole espiritual, en perspectiva comparada en el tiempo y en el espacio; preferimos ignorar todo lo que no sea la situación actual.

Los riesgos de seguir adelante se nos antojan excesivos, en los diferentes órdenes; y cualquier desequilibrio coyuntural nos empuja, sino al inmovilismo imposible, al sempiterno ¡sálvese el que pueda!, Europa se salvará; es decir, mantendrá su protagonismo histórico sólo en la medida en que camine hacia su plena realización. Así era en 1919, en 1945 y lo es en el 2003.

Cerramos aquí, por razones de espacio, esta evocación del sentimiento europeísta de Ortega, y de otros españoles en circunstancias difíciles, con la historia como motor, y lo hacemos no sin resaltar la decidida inclinación europea de muchos españoles, no sólo en clave orteguiana, sino en todas sus variantes.